

Capítulo 8

¿Clase sin obreros? ¿Obreros sin clase?*

Mateo Alaluf y Pierre Rolle

Lo que aquí proponemos es un recorrido en nueve etapas por y a través del libro de Stéphane Beaud y Michel Pialoux sobre la condición obrera en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Montbéliard:¹

1. Pareciera bastar con desplazarse hasta allí, con ver y escuchar atentamente a los asalariados presentes para hacer justicia a las ilusiones que han suscitado, aquí o allá, los métodos modernos de dirección de empresas. Interrogados con sutileza y sensibilidad por Stéphane Beaud y Michel Pialoux, los trabajadores nos hacen comprender que las constricciones sufridas hoy en el taller son, sin lugar a dudas, más inaferrables que ayer y, por esta misma razón, más cotidianas e inquietantes. La responsabilidad que se pretende atribuir al operario le sitúa en realidad en una situación de sumisión a normas inciertas y variables. A fin de cuentas, la iniciativa que se le prescribe encubre una violencia más arbitraria que cualquier otra. El dispositivo es tal que el asalariado no puede adaptarse a los nuevos procedimientos si no es interiorizándolos, convirtiéndose, en consecuencia, en el garante primordial de su propia opresión.

El objetivo real que persiguen los actuales métodos de dirección no tiene nada de inédito. Se trata, no obstante, del objetivo del que menos se habla en el nuevo vocabulario de las empresas, a saber: la búsqueda de un incremento de la productividad. Los trabajadores del taller de Peugeot, analizados durante años por los autores, lo saben de sobra. En la situación ante la que se encuentran

* Publicado originalmente como Alaluf, Mateo y Rolle, Pierre (2001): «Une classe sans ouvriers et des ouvriers sans classe?», en *ContreTemps*, nº1 (Le retour de la critique sociale: Marx et les nouvelles sociologies), pp. 72-88. Textuel, París.

¹ Véase Beaud y Pialoux [1999].

no tienen otra elección sino resistir, aunque sea de manera desesperada. Se dejan marginar y oponen obstinadamente el antiguo lenguaje del taller al lenguaje que ahora se les quiere imponer. ¿Cómo iban a entregarse al discurso que se les facilita sobre la iniciativa y la innovación en el trabajo? De hecho, ningún asalariado puede ignorar que sus actividades, por autónomas que puedan parecer de modo cotidiano, son definidas, en última instancia, en función de los objetivos de la empresa. ¿Cómo ignorar que uno se ve obligado a someterse, de buen o mal grado, a las técnicas, ritmos y condiciones de producción que le han sido asignados so pena de perder su empleo? Es ahí donde reside la constricción primera, ineluctable: en el mundo actual, la empresa es muy dueña tanto de conceder al trabajador su estatuto social y sus medios de vida, como de negárselos.

Detrás de todas las técnicas de gestión, sean cuáles sean, se esconde esta amenaza. Por supuesto, esta determinación no basta, sin embargo, para caracterizar las prácticas efectivas. Tal y como ya ha dicho Jean Pierre Le Goff: «*si el peso y el temor al paro se hacen sentir en el interior de la empresa, entonces no servirán como argumentos para movilizar a las personas en la realización de los objetivos*» [Le Goff, 2000: 102]. En efecto, la coerción no aparecerá en el taller o en la oficina más que concretada y utilizada con fines específicos. El observador indiferente o de paso puede, consecuentemente, desconocer los signos de la misma, pero no quien se ve sometido a ella diariamente.

2. Los diferentes asalariados, ampliamente entrevistados por Stéphane Beaud y Michel Pialoux, afirman de modo más o menos decidido, más o menos audible, su desconfianza hacia los nuevos procedimientos. No obstante, adoptan al mismo tiempo parte de sus principios, entran en su lógica y hacen suyas, hasta cierto punto, las distinciones que han sido instauradas entre ellos. A lo largo de toda su historia, fue éste uno de los problemas de la clase obrera, problema que manifiesta su situación subordinada: los trabajadores viven en un mundo inventado y organizado en última instancia por otros, y se identifican con las categorías y grados administrativos por medio de los cuales se les distribuye y dirige.

Muy a menudo, los antiguos obreros del taller estudiado por Stéphane Beaud y Michel Pialoux no hacen sino cuestionar las prácticas del *management* supuestamente moderno en nombre de las técnicas y hábitos de la antigua patronal. Se reconocen en la jerarquía de los grupos profesionales y se oponen consecuentemente a los recién llegados, quienes se han resignado a su impotencia política y están inmersos en las lógicas del empleo flexible. La formación, las estrategias de carrera, las relaciones con los demás, la actitud hacia el

sindicato, instrumento necesario para unos, obstáculo para otros, todo parece oponer a estos dos grupos. Y, sin embargo, ¿acaso no son sino fragmentos de una misma clase, una clase obrera renovada a la que quizá deberíamos denominar *asalariada*? Esto es al menos lo que sugieren los autores cuando esperan que lo que denominan los «valores» del antiguo grupo obrero —la solidaridad, la dignidad colectiva, el sentido de la justicia— sean adoptados por los más jóvenes conforme descubran, más allá de las circunstancias del momento, la profunda similitud de sus situaciones salariales.

Se ha dicho que el movimiento obrero, y especialmente sus sindicatos, han chocado con este problema a lo largo de toda su historia. Los asalariados encarnan necesariamente en sus comportamientos, en sus reacciones y esperanzas, las funciones y disposiciones definidas anteriormente por los organizadores del trabajo. De entre ellos, quienes se ajustan con mayor precisión a la situación existente en un periodo determinado se encuentran, por esa misma razón, inadaptados en el periodo posterior. En todo momento, los recién llegados al grupo de trabajadores se encuentran virtualmente enfrentados a sus predecesores.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en Francia se observó que los nuevos asalariados, formados más en las escuelas que en los talleres, y reclutados en masa para servir a la industrialización del país, corrían el riesgo de entrar en competencia con los antiguos asalariados. Haciendo caso omiso a toda referencia a los tipos de formación, las clasificaciones Parodi, que evaluaban los empleos y codificaban las carreras profesionales, permitieron prevenir esta división de la clase obrera, perjudicial lógicamente en este periodo de reconstrucción.

En cada periodo, las organizaciones obreras, que buscan necesariamente acrecentar la unidad de sus representados como fuente única de su potencia, deben aceptar la forma burocrática e inestable bajo la cual el Estado registra y subordina dicha unidad. Participando en el ajuste de los puestos, de las promociones, de las competencias, de las formaciones, los sindicatos ayudan sin lugar a dudas a armonizar, pero también a imponer, estas categorías administrativas, convirtiéndose así en defensores de las mismas. La vida de los asalariados, sus proyectos, así como sus relaciones, se establecen en referencia a estas instituciones, las cuales se vuelven progresivamente indispensables y pasan pronto a ser percibidas como naturales.

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con la noción de cualificación. ¿Qué es lo que denota dicha noción a fin de cuentas? Conocimientos más o menos específicos, experiencias, aprendizajes, por supuesto, pero unificados y jerarquizados únicamente en función de su vinculación con situaciones técnicas precisas.

La cualificación del trabajador mide en último término su grado de adaptación a un puesto, a una disposición del taller, de las tareas o de las intervenciones que le son impuestas. Es la movilización sindical y la administración estatal de la clase obrera quienes fijan estos tipos de ajustes, transformándoles en grupos profesionales discontinuos, e incluso en modos de vida diferenciados que, por su parte, ciertos sociólogos describen como identidades múltiples, culminando así su proceso de naturalización.

234

3. En cualquier caso, los asalariados, aún estando emplazados necesariamente en un sistema de empleo que ordena su vida material, cuando no sus pensamientos y sentimientos, no pueden interiorizar completamente su lógica. Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestran cómo ciertos argumentos y ciertas prácticas de lo que se denomina el *management* moderno son recogidas por los jóvenes asalariados, pero no sin quiebras, reticencias o deformaciones. Situándose de este modo, los recién llegados tratan primeramente de asegurar su función frente a los veteranos y de evitar el desclasamiento que éstos han sufrido. ¿Qué es lo que retienen pues de la ideología de moda estos jóvenes, mejor formados que sus predecesores pero fragilizados por la experiencia de la crisis, de la precariedad y de la ineficacia de todo esfuerzo colectivo? Un discurso que justifica su ascenso a un puesto estable y les reconforta en tanto en cuanto dicho discurso prima el mérito, la innovación y la responsabilidad personal.

Sin embargo, no cabe duda de que tampoco están completamente engañados. En efecto, las actuales formas de empleo, denominadas «flexibles», tratan de obtener las operaciones necesarias para la empresa sin que ésta se vea obligada, yendo más lejos, a conceder al operario un estatuto, un puesto constante o una carrera. Se solicita y remunera la actividad precisa, nada más. Evidentemente, se da el caso de que algunos asalariados aprueban este cambio cuando les permite optar a un puesto en detrimento de otros candidatos, o hacer que se les retribuyan capacidades especiales, mal catalogadas en las codificaciones tradicionales. Pero el conjunto de los asalariados, incluidos aquellos que obtienen una ventaja momentánea, no puede sino inquietarse ante este reforzamiento del poder discrecional de los empresarios sobre la distribución y evaluación de las tareas. Tanto más en la medida en que esta innovación arrastra consigo un proceso difícilmente controlable que vincula la inestabilidad de los empleos a la fragilidad creciente de las empresas.

En un primer momento, la dirección de un establecimiento que adopta los procedimientos modernos se libera de la preocupación de tener que mantener sus efectivos. Gana con ello la capacidad de modificar de modo más cómodo sus instrumentos y métodos, ajustándose más rápidamente a los

nuevos estándares relativos a la distribución y el consumo. La gestión de la empresa se convierte en un conjunto de coordinaciones y rectificaciones efectuadas a cada momento, lo que entraña reconversiones, contrataciones o despidos inmediatos. Esta ventaja, sin embargo, como ocurre una y otra vez, se transforma pronto como consecuencia de la competencia en norma, convirtiéndose la capacidad de ajuste inmediato en una constricción cada vez más estricta. Al mismo tiempo que la organización interna de la producción se convierte en reformable, entra en competencia o en asociación, más allá de los muros del establecimiento, con otras organizaciones similares. La empresa debe, en consecuencia, confirmar y reformar sin cesar su función en el conjunto del sistema, decidir en cada momento lo que produce y lo que compra, encontrar su lugar en las redes de subcontratación, de franquicia, de subordinación técnica y de dependencia financiera.

Es un hecho comprobado que el control del tiempo, tanto el de su producción como el de sus inversiones o el de sus innovaciones, escapa actualmente a la mayoría de las firmas. Para muchas de entre ellas dicho control se ve reducido a ajustes diarios de sus actividades y ventas. El aparato económico de nuestra sociedad se muestra en consecuencia bajo otra perspectiva. Muchos analistas sospechaban sin duda desde hacía mucho tiempo que, pese a la opinión dominante, este conjunto no tenía la forma de una colección de establecimientos autónomos por igual comerciando entre sí de modo apacible. No obstante, es imposible ya ignorar que el dispositivo productivo de la sociedad es analizable tan sólo en tanto que entrecruzamiento de redes formadas por talleres, oficinas y laboratorios; redes articuladas, ordenadas y planificadas por jerarquías múltiples y, en último término, por firmas gigantescas asociadas a Estados.

Semejante dispositivo no se perfecciona más que a través de la subversión y muerte de las empresas constitutivas de dichas redes y por la transformación perpetua de todas las organizaciones locales o nacionales. En la experiencia de los trabajadores, la derogación de las garantías tradicionales y el cambio del régimen de trabajo están asociados a la movilidad indefinida de los empleos y a los cierres de fábricas. La pérdida de posibilidades de promoción y el enclaustramiento en el trabajo no son sino un anticipo del paro.

4. Así pues, si mirásemos con mayor detenimiento constataríamos que no basta con ir a echar un vistazo a los talleres para persuadirse de que las formas modernas de empleo reposan en gran medida sobre falsas apariencias. Sería necesario volver a considerar precisamente este objeto, la vida de trabajo, es decir, el asalariado una vez más, pero a lo largo de toda su historia, confundido con la historia de la industria, del capital, de las técnicas, de la organización,

y no únicamente en su puesto, en un momento del taller. Habría que estar en guardia ante el hecho de que los obreros son considerados desde categorías que sirven para gestionar la mano de obra en la firma y el Estado, y que con frecuencia carecen del lenguaje para formular su rechazo y de los medios para reducir su subordinación. Convendría recordar que el trabajador no describe tanto su situación en el instante, incluso cuando se le pregunta por ello, como su posición, sus tácticas, sus esperanzas y sus decepciones. De hecho, los investigadores se equivocan cuando creen constituir ellos mismos un elemento neutro de la entrevista, no sintiéndose interpelados por sus sujetos.

Nuestros autores saben que si no se toman precauciones la investigación puede dar lugar a malentendidos, equívocos y todo un juego de apariencias donde no son pocos los observadores que se pierden. La entrevista debe ser concebida como una relación personal, particular ciertamente, pero donde, tal y como constituye la regla de todo encuentro, cada cual realiza una escenificación frente al otro. El método deberá pues consistir en desdoblar los resultados así obtenidos y analizar las situaciones de los trabajadores y las expresiones que utilizan en torno a éstas los unos por los otros.

Sin duda, este descentramiento del investigador en relación a la opinión recogida constituye un método común. Se sabe de sobra, por ejemplo, que la afirmación en bruto de un obrero que declara sentirse orgulloso de su oficio reviste una significación completamente diferente según se dirija a sus colegas o a gente de otras profesiones; o incluso si habla en un periodo en el que se es obrero porque se nace en una familia obrera, o bien en un periodo de movilidad social en el que se puede ser sospechoso de no haber logrado progresar en la jerarquía profesional. Toda afirmación, evidentemente, se descifra restituyéndole la duración a la cual se refiere el interlocutor, las relaciones en las que se encuentra inserto o los intereses presentes en ellas. Sin estas precauciones no estaremos haciendo más que una encuesta de opinión en la que se obtienen afirmaciones de las que no se puede pre juzgar ni el sentido, ni la estabilidad.

Sin embargo, con Stéphane Beaud y Michel Pialoux, dicho método de interpretación se convierte en potente y sistemático en tanto que se aplica a este nuevo objeto: la existencia íntegra del trabajador, concebida como un todo ordenado. Las personas entrevistadas no son consideradas ni como informadores que darían testimonio de una estructura que se reconstituiría externamente a ellos, ni como puras subjetividades emitiendo meras creencias. Tampoco son consideradas, por otro lado, como actores, esas cómodas abstracciones presupuestas detrás de las acciones y que pueden como tales ser consideradas a conveniencia como principios absolutos o como consecuencias necesarias. Los

trabajadores de Stéphane Beaud y Michel Pialoux son personas concretas, consideradas en el entrecruzamiento de relaciones que constituye su entorno. ¿Es necesario invocar la tradición marxista de cara a justificar este punto de vista? ¿o remontarse incluso hasta Hegel para recordar que el individuo, además de ser, evidentemente, el único portador de sus necesidades y sufrimientos, y el único agente social fácilmente localizable en el espacio y el tiempo físicos, es también una abstracción del análisis? Al menos en sociología, el prototipo, el estándar, el modelo, la categoría o la clase son, pese a lo que se suele pensar a menudo, más reales que las personas sobre las cuales se alzan.

No obstante, Stéphane Beaud y Michel Pialoux no requieren de estas precauciones. La coherencia y fertilidad de sus análisis bastan para justificar su aproximación, que consiste en adaptar el dispositivo de observación a los tiempos significativos del asalariado, en lugar de concebir una investigación que dure tanto tiempo, ni más ni menos, como el disponible por el del investigador. Se constata así fácilmente que la existencia del trabajador adquiere sentido en proyectos de duración variable, los cuales se insertan en evoluciones múltiples que arrastra a la empresa. Se verifica con ello en todo su alcance concreto la afirmación clásica según la cual la historia modela a los seres humanos, al tiempo que éstos a la historia, afirmación que algún día habrá que reemplazar por los principios más precisos y rigurosos de una psicología renovada, pero más acá de la cual no tiene sentido volver.

Podemos comprobar que los autores han concentrado su análisis sobre las trayectorias de las personas concretas guiados por una búsqueda de rigor y no por una doctrina cuando constatamos que ellos mismos no son siempre fieles a este punto de vista. Su inspiración general les empuja a rechazar las explicaciones tautológicas que atribuyen las conductas de los individuos a sus intenciones, sus creencias o su ideología, describiendo preferentemente las relaciones sociales que condicionan las conductas. Se encuentran, sin embargo, ante el problema de querer hacer brotar la representación de la representación y de dar cuenta de la opinión constatada por medio de la moral, la educación o los valores del momento, es decir, postulando una especie de matriz de opinión que permanece tan enigmática como lo que pretende explicar. Así, por ejemplo, en muchos lugares, la indiferencia de los jóvenes diplomados hacia sus predecesores, su aceptación de la competencia entre los asalariados, su «relajamiento», son atribuidos no tanto a la pérdida de protecciones colectivas y a las pruebas sufridas a lo largo de la crisis, como a la educación recibida.

¿Se trata ésta de una concesión por parte de los autores a las creencias de la época — creencias, por otro lado, bastante inconsecuentes — según las cuales el

ser humano es presentado en primer lugar como un espíritu que se determina libremente en relación a su medio, tan libremente que sus ideas no pueden ser influidas más que por otras ideas, de modo que, finalmente, el hombre real debe diluirse detrás de las ideologías, de las cuáles no es más que un instrumento? ¿O debemos creer que los autores están armándose para rechazar una de las consecuencias más inquietantes que podría pretender extraerse de sus observaciones? ¿Acaso no podemos, en efecto, preguntarnos si el sentimiento de impotencia y aislamiento de los trabajadores, tanto de los nuevos como de los veteranos, no traduce a fin de cuentas su situación real? Quizá debamos aceptar que, finalmente, la clase obrera ha desaparecido, pese a que perduren muchas de las dependencias y frustraciones contra las cuales se había enfrentado anteriormente y admitir que, junto a ella, ha quedado desfasada toda esperanza en un verdadero cambio político. La posición de nuestros autores es, sin embargo, completamente diferente. La condición obrera existe aún, tal y como demuestran, pero se ha vuelto invisible porque la noción a través de la cual era pensada y debatida colectivamente, la noción de clase, se ha vuelto caduca. Así pues, la reflexión sobre lo social es hasta cierto punto autónoma respecto a lo social mismo, pudiendo ocurrir que transformaciones que creemos leer en lo real no sean en realidad más que revoluciones en el vocabulario.

No sabemos a dónde nos conduce semejante perspectiva que no podemos rechazar totalmente de golpe. Puede resultar terrorífica en tanto en cuanto parece sugerir que toda interpretación de la sociedad es igualmente probable y todas las propagandas posibles. Resultará, por el contrario, reconfortante si leemos en ella la esperanza de que la lucha por un mundo mejor, por «valores», tal y como dicen los autores, no es totalmente vana.

El análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux revela así un problema urgente que los métodos clásicos, marxistas o no, no han aclarado completamente. Todo el mundo admite, por supuesto, que la opinión del actor no es el simple reflejo de la situación en la cual se encuentra. Sin embargo, somos incapaces de precisar el modo en que el pensamiento y la acción sociales forman parte de lo social, incertidumbre ésta que debilita cuantas conclusiones pretenden extraerse de las investigaciones sobre el terreno.

5. El trabajo de investigación de Stéphane Beaud y Michel Pialoux da perfectamente cuenta de la condición obrera. Sin embargo, su análisis no permite avanzar elemento alguno para cualquier tipo de análisis serio a propósito de la clase obrera. Para poder justificar nuestra posición proponemos, primeramente, dar un pequeño rodeo por el pensamiento de un autor sin duda olvidado

hoy, Henri de Man,² quien, durante el periodo de entreguerras, forjó —desde una aproximación que hoy calificaríamos, de modo sin duda anacrónico, «constructivista»— una concepción simétricamente inversa a la de Stéphane Beaud y Michel Pialoux, a saber: la progresiva desaparición de la condición obrera como consecuencia de las reformas sociales, al tiempo que la clase obrera persistiría como realidad social producida por las representaciones de los asalariados.

La joie au travail [El disfrute en el trabajo] (1927) fue escrito a partir de noventa y ocho relatos de trabajadores.³ Según la interpretación de ellos realizada por Henri de Man, el obrero tiende naturalmente al «disfrute en el trabajo». Dicho disfrute se encuentra trabado por obstáculos de orden técnico (trabajo fragmentado, repetitivo, sin iniciativa, agotador, mal organizado...), de orden social (bajos salarios, malas condiciones de trabajo, autoritarismo) o, incluso, ajenas a la empresa (desconsideración, inseguridad en la existencia, desprecio por el trabajo manual). En consecuencia, pensaba que bastaría con suprimir dichos obstáculos para que, siguiendo sus «instintos», los obreros encontrarán la felicidad no por el trabajo, sino en el trabajo.

Ahora bien, como consecuencia de las reformas impulsadas por el movimiento socialista, la suerte de los obreros mejoró considerablemente en Europa. ¿Qué decir de los Estados Unidos, que tan bien conocía de Man, donde

² Henri de Man (1885-1953) fue un teórico y dirigente socialista belga. En un primer momento se situó como defensor de un marxismo radical a la «izquierda» del partido. Si bien se había opuesto a la guerra anteriormente por «internacionalismo», en 1914, «empujado por un movimiento instintivo», se alista como voluntario y se convierte en oficial del ejército belga. En 1926 publica en Alemania su primera gran obra doctrinal: *Au-delà du marxisme* (*Zur Psychologie des Sozialismus*) [*Más allá del marxismo*] y, posteriormente, en 1927, *La joie au travail* [El disfrute en el trabajo]. Más tarde publica *Le Socialisme constructif* (1931) [El Socialismo Constructivo] y *L'idée socialiste* (1933) [*La idea socialista*]. En 1930, el Partido Obrero Belga (POB), debilitado por la crisis, hace un llamamiento a Henri de Man, que regresa a Bélgica. De Man concibe entonces el «plan de trabajo» que tiene por objetivo reunir a la clase obrera y a las clases medias en un amplio frente anticapitalista. A raíz de un vasto movimiento de movilización en torno al plan, el POB participa en 1935 en el gobierno de unidad nacional, dentro del cual de Man ocupa funciones de Ministro. El «planismo», concebido como «programa de transición», ejercerá una gran influencia entre los socialistas de los diferentes países europeos. En 1937, de Man se pronuncia a favor de un «socialismo nacional» y preconiza la necesidad para el movimiento socialista de abandonar la concepción burguesa y democrática del Estado en favor de una «democracia autoritaria». En 1940, siendo presidente del POB, aprueba la decisión del rey Léopold III de no acompañar al gobierno al exilio y, el 28 de mayo, redacta el manifiesto en el que, tras haber atribuido al fascismo una misión revolucionaria, disuelve el POB y llama a los militantes socialistas a unirse al futuro partido único del orden nuevo. Participa igualmente en la creación de un sindicato colaboracionista. Tras la guerra, en 1946 será condenado en rebeldía como colaborador en Bélgica. Muere en Suiza en 1953.

³ Véase De Man [1930].

las condiciones de vida y de trabajo de los obreros le parecían aún mejores? En realidad, pensaba de Man, los obstáculos para el disfrute en el trabajo ya han desaparecido o están en vías de hacerlo, pese a lo cual la clase obrera no desaparece.

240

Progresivamente, los obreros han salido de la exclusión y han llevado a cabo su entrada en la sociedad. En lo sucesivo, pensaba, se encuentran integrados y podrían fundirse en la clase media. Perdura, sin embargo, un problema: no son conscientes de ello. «*La reivindicación socialista de igualdad*, escribe de Man en *Au-delà du marxisme*, es la representación compensatoria de un complejo de inferioridad que proviene, debido a un largo desarrollo histórico, de las condiciones de vida de la clase obrera». Según de Man, «en último término, la inferioridad social de las clases laboriosas no reposa ni sobre una injusticia política, ni sobre un prejuicio económico, sino sobre un estado psicológico. La característica esencial de esta inferioridad es su propia creencia en dicha inferioridad. La clase obrera es inferior porque se siente inferiorizada; siendo lo contrario no más que apariencia» [De Man, 1974: 101]. Las condiciones materiales de la vida en sociedad, reducidas a meras apariencias, son de este modo evacuadas del campo de análisis. Las únicas realidades son de orden subjetivo y se refieren a las disposiciones psicológicas y a la voluntad de los individuos.

Así pues, ya en el periodo de entreguerras, apoyándose en un examen de la condición obrera y a partir de una aproximación que, según su percepción, hacía hincapié en la psicología como ciencia nueva, Henri de Man preconizaba la desaparición, al menos potencial, de la condición obrera y la persistencia de la clase obrera aún estando ausente aquélla. Emancipándose de lo real —reducido en su análisis únicamente a las representaciones— de Man presenta la configuración paradójica de una clase obrera sin obreros.

6. Por el contrario, para Stéphane Beaud y Michel Pialoux, aunque todo su trabajo tiende a presentarnos la realidad actual de la condición obrera, parece, sin embargo, que no se pudiera hablar de la clase obrera. La condición obrera situada en el centro de su investigación es, en efecto, la de «después de la clase obrera». ¿Son tan siquiera obreros? «*Individuos*, responden Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *que pueden ser todos designados como obreros, pero que lo son de manera tan diferente que podemos preguntarnos si el término tienen aún sentido*» [Beaud y Pialoux, 1999: 294]. Así, sirviéndose en ambos casos de relatos recogidos entre los obreros, mientras que de Man concluía con la existencia de una clase obrera en ausencia de condición obrera, Stéphane Beaud y Michel Pialoux deducen, por el contrario, la desaparición de la clase obrera a partir precisamente de la condición obrera.

Si bien el método de Stéphane Beaud y Michel Pialoux ha permitido este retorno sobre la condición obrera ¿se encuentran en condiciones igualmente de dar cuenta de modo simultáneo de la clase obrera? En lo relativo a la cualificación, sabemos que no es a partir de las operaciones que efectúa un obrero como podemos deducir su cualificación. Dicha cualificación se comprende, en primer lugar, en función de las valoraciones sociales realizadas sobre la diferenciación de los trabajos. Del mismo modo que su trabajo no basta para cualificar al obrero, su condición no basta tampoco para designar su clase. Si bien la figura del obrero está asociada al trabajo industrial, la clase obrera no se constituye hasta el momento en que los obreros se convierten en parte implicada en los antagonismos políticos. En otros términos, no se trata de una clase obrera unificada que se atribuye una expresión política, sino que, más bien al contrario, se da el caso de que, en determinados momentos históricos y pese a sus diversidades, se encuentra unificada a través de una concepción política. Es en el marco del Estado-nación donde el sindicalismo es reconocido y toma la forma de movimiento obrero.

Podemos considerar la formación de las clases de modo análogo al de las naciones. Como han demostrado numerosos autores, son los Estados quienes crean las naciones y no a la inversa.⁴ ¿Acaso no fue Mazzini quien dijo a propósito de la unificación italiana: «Hemos construido Italia, ahora debemos construir a los italianos»? Del mismo modo, si bien la industria produjo las concentraciones obreras, fue necesario, entre otras cosas, que Proudhon les aportara un proyecto reformista y Marx un proyecto revolucionario, que la República les facilitara una perspectiva de ciudadanía y el Estado una de protección social, para que hubiera quien designara a la clase obrera como un actor central de la Francia industrial.

La formación de la clase obrera puede así comprenderse como resultado de las formas contradictorias de estatalización del asalariado. La unificación y consolidación de la clase obrera se realiza bajo la protección del Estado. La clase obrera se estabiliza geográfica, social y familiarmente. Accede de este modo a niveles elevados de consumo y seguridad. Sin embargo, lo hace en un proceso de subordinación y delegación a los sindicatos, partidos, mutualidades e instituciones de la seguridad social, hasta el punto de que dicha consolidación se lleva a cabo a costa de formas de delegación que la despolitizan. De este modo, se encontrará desarmada cuando se vea confrontada a las grandes ofensivas llevadas a cabo contra sus adquisiciones. En relación al incremento

⁴ Véase, a este respecto, Anderson [1983] y Hobsbawm [1990].

del paro durante la crisis de 1929, el movimiento obrero dará la imagen de «un gigante con pies de barro» [Vanthemsche, 1994]. Igualmente, frente al ascenso del nazismo, Daniel Guerin señalará el desmoronamiento como un «castillo de naipes» de la potente socialdemocracia alemana [Guerin, 1965]. Más cerca de nosotros, la derrota del laborismo británico frente a la ofensiva conservadora de los gobiernos presididos por Margaret Thatcher, o incluso el retroceso del sindicalismo frente a la crisis y el paro durante el último cuarto de siglo, pueden entenderse dentro de esta misma lógica. Hasta el punto de que por medio de relaciones caracterizadas unas veces por una complicidad conflictiva, otras por una oposición frontal, la clase obrera parece unificada o ausente, cuando no desestructurada o reestructurada, en un contexto definido por el Estado. Confrontada actualmente a un Estado que se oculta, se encuentra, al mismo tiempo, irreconocible y en una situación inédita. Consecuentemente, las formas de resistencia obrera que salpican toda la investigación de Stéphane Beaud y Michel Pialoux podrían leerse como el rechazo a delegar en la empresa moldeada por el «nuevo espíritu del capitalismo», aquello que, quizá menos que antes, los obreros delegan en los sindicatos y el Estado.

7. A pesar de las vacilaciones a las que nos acabamos de referir, la inspiración más novedosa del libro de Stéphane Beaud y Michel Pialoux puede apreciarse con claridad: los comportamientos de las personas estudiadas no son deducidos de posicionamientos arbitrarios que les dominarían, de actitudes consideradas primordiales, ni de ninguna otra construcción psicológica imaginada para la ocasión. El método de desciframiento se despliega precisamente a la inversa, tal y como demuestra el análisis de las reacciones de los obreros franceses hacia los inmigrantes.

Caracterizando como racismo a un conjunto de conductas y de expresiones hostiles hacia los extranjeros no se ha explicado aún nada, ni tan siquiera se ha designado de modo preciso su objeto. Adoptar este punto de partida no conduce sino a pobres especulaciones en las que se tratará de saber si el racismo consiste en el odio hacia el otro en tanto que otro, o bien en tanto que semejante. El proceder de nuestros autores trata, por el contrario, de restituir los antagonismos reales a lo largo de los cuales los grupos se constituyen al mismo tiempo que se oponen. Sin duda, algunos de quienes buscan todas sus explicaciones en las profundidades presupuestas del espíritu no querrán ver en este método más que una simplificación del problema planteado: se proyecta sobre la cotidianidad, se describe una escenificación del prejuicio racista que pretende ocupar el lugar de todas sus manifestaciones, se aborda una concepción del mundo bajo una de sus figuras circunstanciales, dirá quizá la opinión dominante. Sin embargo, si miramos con mayor detenimiento, comprobaremos que

el análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux no simplifica el problema del racismo, sino que, por el contrario, lo precisa y lo amplía a las dimensiones de la condición obrera en su totalidad.

Nos demuestran, por ejemplo, el modo en que se anuda y desarrolla el conflicto con respecto a la educación. Los obreros franceses «de origen», tal y como suele decirse, esperan de la escuela que evalúe y sancione a los alumnos conforme a criterios lo más rigurosos posibles. Esperan, de hecho, que gracias a esta selección, sus propios hijos tengan una oportunidad para hacer reconocer sus capacidades, escapando así de la condición de sus padres. Desde su punto de vista, ciertamente, el éxito escolar dependería menos de las condiciones sociales y de la pedagogía de los enseñantes que de las cualidades innatas del alumno, cualidades que la escuela tiene como función primera detectar y desarrollar.

Esta concepción es probablemente difícil que sea compartida por los profesores, que saben por experiencia que prácticas tan ciegas como las pruebas y los exámenes terminarán por penalizar a los niños de las poblaciones más desprotegidas. La escuela marginalizaría así al hijo del inmigrante, quién, por su parte, se encuentra ya marginado en su trabajo y en la ciudad. El servicio público de educación no conduciría pues más que a reproducir y consolidar las desigualdades sociales. Es necesario resaltar a este respecto que la tesis según la cual, tanto en la escuela como en la sociedad, el destino de cada individuo es dirigido fundamentalmente, por capacidades congénitas es, evidentemente, defendida no sólo por la clase obrera, sino que es retomada incluso por determinados psicólogos. Sin duda, aquí y en otros lugares, sirve para conjurar una contradicción latente: los obreros franceses, en efecto, no se movilizarían probablemente contra la escuela si ésta contribuyera a confinar a los hijos de las familias extranjeras en las situaciones inferiores en las que ya se encuentran sus padres. Sin embargo, esperan que esta institución permita a sus propios hijos salir de su condición de origen. De modo confuso, sienten en este sentido estar aprovechándose de una ventaja relativa que no pueden justificar y que es, por otro lado, muy frágil. Como ocurre con otras categorías sociales mucho más favorecidas que ellos, se adhieren en consecuencia a la teoría que privilegia la importancia de la herencia de cualidades, pues ésta permite disimular la herencia de situaciones sociales.

Los enseñantes, por su parte, son incitados a reemplazar las valoraciones neutras por evaluaciones adaptadas o, más bien, tal y como dicen nuestros autores, negociadas con sus alumnos. Se trata para ellos de potenciar y motivar a quienes se encuentran imposibilitados por su origen, preservando, a fin de cuentas, lo que les parece que constituye la función primera de la enseñanza, es

decir, integrar a las nuevas generaciones en la Nación. De ahí los reproches más o menos explícitos que se dirigen contra ellos: los hijos de los inmigrantes no se verán ya previamente condenados a reencontrar en el seno de la clase obrera la posición inferior de sus padres, en tanto en cuanto estos niños, en detrimento quizá de otros, serán objeto de una atención particular que abolirá la regla de juego implícita, a saber: la impersonalidad de los procedimientos pedagógicos, cualidad ésta que los vuelve incuestionables.

244

Constatamos aquí que el compartido slogan de «igualdad de oportunidades» admite interpretaciones perfectamente contrarias. El análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestra cómo esta diferencia de perspectiva alimenta un conflicto directo entre las familias francesas, sometidas a la tensión del esfuerzo por asegurar a sus hijos un porvenir que vaya más allá de su origen de clase, y las familias inmigrantes, quienes, evidentemente, no pueden concebir semejante proyecto. A juicio de los autóctonos, los extranjeros tienen demasiados hijos. ¿Es posible hacer un seguimiento de los jóvenes, motivarlos o financiar sus estudios sin limitar su número? Una familia numerosa, tal y como se encuentran en las poblaciones recién llegadas procedentes de sociedades aún agrarias, supone para sus vecinos instalados desde hace ya tiempo el signo de la despreocupación por parte de la pareja, o de su dejadez. En este sentido, los padres inmigrantes no ejercerían sobre los escolares las presiones que los padres franceses saben que necesitan. En efecto, es algo admitido entre los obreros que la inmovilidad forzada y el trabajo sobre las herramientas simbólicas suponen para el escolar ejercicios agotadores a los que no se somete más que en la medida en que se encuentra rigurosamente constreñido a ello. La negligencia de los padres inmigrantes provoca el riesgo de conducir pues a una desorganización general de la escuela, perjudicial a fin de cuentas para todos sus usuarios. ¿Cómo imponer a los niños disciplinas de las que alguno de sus camaradas se ven eximidos? La presencia de los inmigrantes parece así perturbar no sólo el taller, sino también la escuela y la vida cotidiana del barrio.

Desenmarañando la imbricación de intereses colectivos y estrategias individuales, los autores nos hacen comprender el dinamismo de las tensiones étnicas. ¿Debemos pues concluir que el término mismo de racismo no significa otra cosa que el resultado de los cálculos, de las ambiciones, de las reivindicaciones e, incluso, de los esfuerzos de comprensión de los diferentes grupos sociales? Se mostraría así con facilidad que cada conflicto particular no ha podido producirse sino en la medida en que el racismo lo preexistiría hasta cierto punto. Así pues, para dar cuenta enteramente de la permanencia de los actos xenófobos sería necesario aún poner en cuestión las justificaciones políticas asignadas a dichos actos, las transferencias de significación y frustración que operan en

ellos o incluso el uso hecho de estas conductas de cara a soldar solidaridades desfallecientes. No obstante, no estamos obligados a imaginar la existencia de una maldición social universal que condujera inexplicablemente a los grupos humanos los unos contra los otros. Aún cuando el análisis no nos proporcione ningún procedimiento político fácil y seguro para combatirlo, nos indica que es en los mecanismos más profundos de lo social donde se encontrarán los orígenes del racismo y que será únicamente modificando dichos mecanismos como se podrá intervenir sobre él.

8. La agudeza del análisis desarrollado por Stéphane Beaud y Michel Pialoux se apoya en gran medida en el abandono de algunos de los principios comúnmente admitidos en la investigación sociológica. Así, la investigación sobre los obreros de Sochaux-Montbéliard no pretende en modo alguno ser representativa de ningún conjunto, ni siquiera preparar estudio comparativo alguno. No trata de aislar un elemento explicativo, la técnica, por ejemplo, o la política, cuyo desarrollo acompañaría o precedería el de las condiciones del empleo y de la organización del trabajo. La investigación no aspira tampoco a poner en evidencia por medio de una red de conceptos precisos, el mantenimiento, estrechamiento o desagregación de la clase obrera.

Evidentemente, es imposible extraer de los resultados de la investigación argumento alguno que afirme la pertinencia o la insignificancia de nociones que no son definidas en dicha investigación, y, en particular, sobre la noción de clase obrera. No es posible, en efecto, toparse con semejante clase de manera improvisada, sin haber puesto en marcha el dispositivo apropiado para ello. Como el resto de realidades sociológicas, los fenómenos que componen una clase, o que se piensan a través de dicho término, no pueden revelarse si no se les acompaña de un instrumento de observación apto para aferrarlos en su temporalidad, sus espacios y sus desarrollos propios. En este sentido, tal y como se ha dicho, el individuo no es una entidad privilegiada más que porque es aprehensible en el marco de una experiencia física cotidiana, pero esta visibilidad superior no le asegura una significación crucial en el análisis.

Después de todo, la división en clases de la colectividad que se estudia es una de las técnicas más comunes y naturales de la sociología. Es peligrosa más por la facilidad con la que permite ser puesta en marcha de manera descuidada que por sus implicaciones teóricas presupuestas. A menudo puede conducir tanto a divisiones sin valor explicativo alguno, como a descubrir tipos multidimensionales o complejos relacionales. Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestran cómo, en los sectores de Peugeot y en los barrios de Montbéliard que examinan, existen maneras de ser, tipos de trabajos y de comportamientos que una

larga tradición nos autoriza a considerar como característicos de la condición obrera. Nada pues más sencillo que deducir de ahí una clase que deberá ser denominada obrera: bastará con reagrupar el conjunto de personas que, en el seno de la población francesa, compartan dicha condición.

¿Pero qué hacer con las personas que no se adaptan más que a una parte de los criterios retenidos? La dependencia en el trabajo, la inseguridad en el empleo, la impotencia individual para modificar las condiciones y las formas de su empleo, la remuneración medida en relación al tiempo de trabajo, la dificultad de los descendientes para salir de la posición de sus padres, estas características no se encuentran agrupadas en todas las ocasiones. ¿Qué hacer entonces? ¿Multiplicar las clases sociales para dar cuenta de la variedad de situaciones y agruparlas diferenciadamente, por aquí los asalariados autónomos, por allá quienes disponen de un estatuto fijo, en otro lugar los mejor pagados? Se llegaría así a tener que describir clases obreras múltiples, tal y como era la regla en el siglo XIX. ¿O debemos acaso rechazar esta fragmentación indefinida que paraliza el análisis? En este caso, no se reconocerá, por ejemplo, como clases sociales reales más que a los reagrupamientos discernibles que se constituyen en los polos de las relaciones colectivas y que son los agentes del desarrollo o de la transformación de dichas relaciones.

Las clases más englobantes que se pudieran formar serían entonces aquellas que se constituirían de un lado a otro de la relación salarial. En esta oposición, los grupos sociales serían casi únicamente las figuras sociales correspondientes a las categorías económicas de capital y trabajo, consideradas, sin embargo, desde el limitado punto de vista de un Estado particular. Las clases identificadas de este modo no actúan evidentemente a cada instante y en cada espacio de la producción. No obstante, están bien lejos de resultar insignificantes. De hecho, no es posible examinar situación industrial alguna, ni ninguna relación entre un empleado y un empleador, sin reencontrar inmediatamente la huella de los paradigmas que sus enfrentamientos colectivos, las movilizaciones, las resistencias, los compromisos, han formado y fijado a lo largo de toda nuestra historia. Se constata así, una vez más, que la acción de las clases es más original y explicativa que la de los individuos.

9. ¿Qué queda de la idea de una clase obrera naturalmente homogénea y unificada actuando en el interior de un Estado dado sin desmentirse, encarnando en cada una de sus aspiraciones, en cada uno de sus gestos, un proyecto político coherente, el proyecto del socialismo? Evidentemente, esta quimera no era, a fin de cuentas, más que la creación y la justificación del partido, también por su parte único, que pretendía estar a su servicio.

Esta tesis sedujo a muchos analistas, situados incluso más allá del movimiento comunista oficial. En efecto, suponía que el sistema capitalista se descomponía en colectivos estables, exclusivos, que dispondrían ya de los caracteres de sujetos de derecho y, por lo tanto, listos para ser legalizados, bajo la forma de agentes sociales en unos casos o de grupo dirigente en otros. Imagen satisfactoria para buen número de investigadores que se ven tentados a concebir las clases de hoy bajo el modelo de los diferentes estados del Antiguo Régimen, donde estatutos diferenciados sancionaban legalmente actividades específicas. Adoptando esta perspectiva, la sociología se aproximaría de algún modo al modelo de las ciencias naturales, cuyos objetos pueden parecer ajenos al modo de asirlos, desbordando los métodos por los cuales se les hace aparecer. ¿No es común a nuestra disciplina el que se confundan fácilmente las nociones de clase dirigente, de clase dominante, de clase superior y de clase capitalista, o que se imagine entre ellas continuidades, filiaciones y transposiciones que simulan una historia?

Con todo, el éxito de la teoría estalinista se basa, sobre todo, y sin lugar a dudas, en que parece resolver de una vez por todas los problemas de la acción política y del socialismo. Presuponiendo la existencia de un proletariado homogéneo que encarna en todo momento el conjunto de tensiones del asalariado, y reduciendo oportunamente este proletariado a las dimensiones del espacio nacional, se declara reunidas y coherentes de un plumazo todas las exigencias que los programas de otros partidos y sindicatos obreros se esfuerzan penosamente por conciliar. El proletariado, convertido en una entidad mítica, no tiene ya problema alguno para llevar a cabo sin dividirse la defensa cotidiana de sus miembros y, al mismo tiempo, la ofensiva general contra el Estado. Podría adoptar la forma de una administración, e instituirse como sindicato, o mutualidad de asalariados en la seguridad social, sin dejar por ello de ser pura energía revolucionaria. Combatiendo el capitalismo, el proletariado mismo se apropiará pronto de las propias organizaciones de dicho régimen —el Estado, la empresa— y, sin transformarlas, las doblegará para sus propios objetivos. De este modo, en esta mistificación estalinista, la práctica y la teoría de la acción política se encuentran conciliadas previamente, presente y futuro trabados sin impedimento alguno y la marcha hacia el socialismo asegurada, ya que en ocasión nos topamos ante el mismo e inmutable sujeto de la historia.

No perdemos nada con la denuncia de esta leyenda que apenas disimulaba una práctica puramente estatal. Los problemas políticos y estratégicos que algunos creen descubrir hoy se encontraban ya planteados ayer, permaneciendo ocultos o desnaturalizados por el estalinismo. Para abordarlos, será necesario habituarnos a buscar en la explotación de lo social algo más que la sombra

del Partido. Los análisis que requerimos no pueden provenir ni de una escolástica estéril, atada a la literalidad de las tesis de Marx, ni de una explotación indefinida del mundo social, declarado inagotable de modo arbitrario, rebelde a toda explicación y, por supuesto, a toda acción política. Stéphane Beaud y Michel Pialoux nos recuerdan que es tratando de formular y aclarar las dificultades que la teoría aporta a la investigación y, recíprocamente, la observación a la teoría, como podemos esperar avanzar.

ANDERSON, BENEDICT (1983), *Imagined Communities*, Londres, Verso. [ed. cast.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la diferencia del nacionalismo*, 1993 México, Fondo de Cultura Económica].

BEAUD, STÉPHANE Y PIALOUX, MICHEL (1999), *Retour sur la condition ouvrière: en quête aux usines Peugeot de Sochaux-Montbéliard*, París, Fayard.

DE MAN, HENRI (1930), *La joie au travail*, París, Librairie F. Alcan, y Bruselas, L'Églantine.

_____ (1974) , *Au-delà du marxisme* (1ª edición: 1926), París, Seuil.

GUERIN, DANIEL (1965), *La peste brune*, París, Maspéro. [ed. cast.: *La peste parda*. 1977, Madrid, Fundamentos].

HOBBSAWM, ERIC J. (1990), *Nations et nationalismes depuis 1780*, París, Gallimard. [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. 1995, Barcelona, Crítica].

LE GOFF, JEAN PIERRE (2000), *Les Illusions du management*, nueva edición, París, La Découverte.

VANTHEMSCHE, GUY (1994), *Le chômage en Belgique*, Bruselas, Labor.